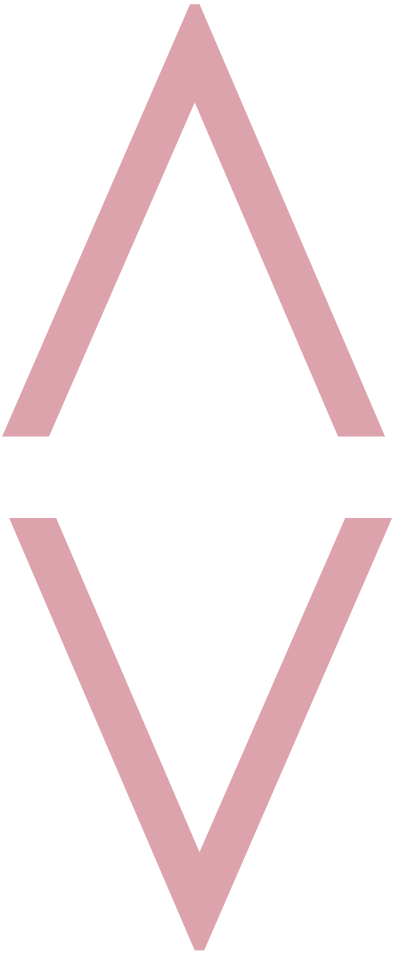


Claves de pensamiento

Hume, Hayek y la ignorancia

María Blanco

Octubre de 2026

Fundación Civismo
Fundación Ortega-Marañón
Fundación conversación

Hume, Hayek y la ignorancia

María Blanco, profesora de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad CEU San Pablo.

Nunca habíamos tenido tanta información y pocas veces nos hemos sentido tan desorientados. Este texto sostiene que no es una paradoja, sino una confusión. Llamamos casi con la misma palabra a dos problemas distintos. La ignorancia es no saber lo que en principio se puede saber. La incertidumbre es no poder saber lo que todavía no existe. Cada una produce su propia patología. Contra la ignorancia acumulamos datos hasta que la información se convierte en ruido. Ante la incertidumbre, o nos paralizamos o fabricamos planes que tratan el futuro como si ya estuviera escrito.

David Hume y Friedrich A. Hayek, separados por dos siglos, diagnosticaron ambos errores y rechazaron ambas salidas. Hume mostró que ninguna acumulación de experiencias produce certeza, solo costumbre, y que eso no impide vivir. Hayek trasladó la lección a la sociedad cuando explicó que el conocimiento relevante está disperso y nadie puede reunirlo, ni siquiera el planificador mejor intencionado. Con ellos, y con otros nombres de la tradición liberal como Adam Smith, Frank Knight, Thomas Sowell o Karl Popper, el texto examina una tentación muy actual, pensar en un gobierno de expertos y métricas, los empujoncitos conductuales y la ilusión de que la inteligencia artificial resolverá lo que el planificador nunca ha podido. La conclusión es que la humildad epistémica no es una renuncia, sino un método: reglas generales, libertad para equivocarse y un orden imperfecto que aprende.

Nunca tantos datos, nunca tanta incertidumbre

Miramos la previsión del tiempo varias veces al día, el reloj nos informa de cuántos pasos hemos dado, los bancos centrales publican proyecciones con decimales y no hay ministerio sin su panel de indicadores. Si la información fuera certeza, viviríamos en la época más tranquila de la historia. Pero no es el caso. La sensación dominante, en la empresa, en la política y en la vida privada, no es de control, sino de desconcierto. Cada vez sabemos más cosas y cada vez estamos menos seguros de qué hacer con ellas.

La explicación más inmediata es que todavía nos faltan datos, que el próximo modelo será más ajustado, que el siguiente informe lo aclarará todo. Pero esa explicación da por resuelto lo que hay que discutir. El problema no es cuánto sabemos, sino qué tipo de cosa es lo que no sabemos. Y, en este aspecto, el lenguaje cotidiano no ayuda, porque usa "ignorancia" e

“incertidumbre" casi como sinónimos y no lo son. Ignorancia es no saber algo que existe y que, en principio, alguien podría saber. El precio al que se alquila un piso en otro barrio, la avería que el fontanero diagnostica en cinco minutos, la cosecha que un agricultor ya sabe que será mala. Hayek (1945) llamó a esto el conocimiento "de las circunstancias particulares de tiempo y lugar", y subrayó su rasgo decisivo: que nunca está reunido en ninguna parte, sino repartido en fragmentos entre millones de personas. Nuestra ignorancia, por tanto, no es un vacío, sino una dispersión.

Incertidumbre es otra cosa. Es no saber algo que todavía no existe. Qué querrán los consumidores dentro de diez años, qué tecnología dejará obsoleta a la actual, cómo reaccionará un mercado ante una situación que nunca se ha dado. Aquí no hay ningún dato escondido esperando a que alguien lo encuentre. Frank Knight (1921) lo formuló al distinguir el riesgo, en el que podemos asignar probabilidades porque conocemos la distribución de los casos (como hace una aseguradora con los accidentes de tráfico), de la incertidumbre propiamente dicha, en la que no hay base para calcular nada.

La distinción es importante porque cada problema provoca un error distinto, y además de manera previsible. Contra la ignorancia, el reflejo es acumular información, más datos, más informes, más indicadores, hasta que la información deja de orientar y se convierte en ruido. Ante la incertidumbre, el reflejo es doble. O nos paralizamos, porque ningún dato nos da la seguridad que buscamos, o hacemos lo contrario y fabricamos un plan detallado que trata el futuro como si fuera un riesgo calculable. El primer error confunde cantidad con conocimiento. El segundo confunde precisión con certeza.

Pero ninguno de los dos es nuevo. David Hume (1739-1740) ya había explicado que ninguna acumulación de observaciones nos permite demostrar que el futuro se parecerá al pasado. Lo esperamos por costumbre, no porque la razón lo garantice. Y, sin embargo, Hume no concluyó que debiéramos quedarnos quietos, ni que hubiera que sustituir la costumbre por un sistema racional completo. Rechazó a la vez la parálisis y el plan maestro. Dos siglos más tarde, Hayek llevó esa misma lección al terreno de la economía y la sociedad, con un argumento que sigue poniendo en una situación difícil a cualquiera que aspire a dirigirlas.

Este texto recorre ese hilo. Primero, cómo la ignorancia degenera en ruido y por qué los precios, las normas y las costumbres son mejores filtros que cualquier acumulación de datos. Después, cómo la incertidumbre nos empuja hacia la parálisis o hacia el plan maestro, y qué respondieron Hume, Smith y Hayek a esa disyuntiva. Por último, qué forma adopta hoy la vieja

tentación de saberlo todo y qué propone, frente a ella, una tradición liberal que hizo de la humildad epistémica, no una virtud de sacristía, sino un método.

La ignorancia y el ruido

Cuando no sabemos algo que nos afecta, lo razonable, en principio, es averiguarlo. El problema empieza cuando esa sensatez doméstica se convierte en filosofía de vida, es decir, que asumimos que si lo que falla es la falta de información, la solución sea más información, y si con más no basta, todavía más. Es la lógica del informe que pide otro informe, de la comisión que encarga un estudio para decidir si hace falta un estudio, del directivo que no se mueve hasta tener "todos los datos". Conviene avisar que, a pesar de ese fractal de demandas de datos que tiende a infinito, nunca están todos.

Lo que ocurre, en cambio, es que la información crece más deprisa que nuestra capacidad de distinguir lo que importa. Más datos significan también más señales contradictorias, más correlaciones casuales y más argumentos disponibles para justificar cualquier decisión tomada de antemano. Pasado cierto punto, cada dato adicional no reduce la ignorancia: la disfraza. Eso es el ruido. No es falta de información, sino información que ya no orienta.

Hume y Hayek ante el ruido y la certeza

David Hume dedicó algunas de sus páginas más célebres a explicar por qué la acumulación de experiencias no produce certeza (Hume, 1739-1740; 1748). Hemos visto salir el sol miles de veces, pero ninguna de esas observaciones demuestra que mañana volverá a salir. Lo que la repetición nos da no es una prueba, sino un hábito, la costumbre de esperar que el futuro se parezca al pasado. Es una guía excelente para la vida, pero no es una demostración, y por mucho que añadamos casos al montón, seguirá sin serlo.

No obstante, de ahí no se deduce que haya que despreciar la información. Hume era cualquier cosa menos un oscurantista. Lo que se deduce es que el problema no está en cuánto sabemos, sino en cómo graduamos lo que creemos. Su fórmula es de una sobriedad envidiable, muy propia del autor escocés: el sabio proporciona su creencia a la evidencia (Hume, 1748). No se trata de amontonar, sino de calibrar. Es decir, medir la certeza no es sumar datos; es saber cuánto peso soporta cada uno. Quien confunde las dos operaciones acaba creyendo con más fuerza lo que solo ha oído más veces, que es precisamente lo que el ruido favorece.

Hayek llevó el argumento un paso más allá. Hume había mostrado que más datos no dan certeza. Hayek nos enseñó que el conocimiento

más relevante para la vida económica ni siquiera puede reunirse en un solo lugar (Hayek, 1945). No hablaba de la ciencia de los manuales, sino del conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar. Por ejemplo, el del transportista que sabe aprovechar un barco que iba a viajar medio vacío, el del agente inmobiliario que conoce oportunidades que durarán una semana, el del comerciante que detecta una diferencia de precios entre dos mercados. Es un conocimiento local, efímero, a menudo tácito, que su dueño ni siquiera sabría formular en un informe.

Por eso la solución de centralizar los datos no resuelve la ignorancia, solo le cambia la forma. Quien decide desde arriba tiene que trabajar con estadísticas, y las estadísticas, por construcción, agregan y promedian. Borran justamente las diferencias locales que hacían valioso ese conocimiento (Hayek, 1945). El planificador no recibe lo que sabe el transportista. Recibe una media de transportistas, que no sabe nada de ningún barco concreto. Cuantos más datos se agregan, más se pierde de lo que cada dato "sabía".

Antes que Hayek, Ludwig von Mises (1920) ya había advertido que, sin precios de mercado, el cálculo económico racional es imposible. El planificador quedaría a la deriva en un océano de magnitudes sin brújula. Hayek aceptó el diagnóstico y lo convirtió en algo más general. El problema no es solo de cálculo, sino de conocimiento. Y la respuesta está, precisamente, en el mismo lugar que había señalado Mises: el sistema de precios.

El precio y las normas como filtro

El ejemplo utilizado por Hayek para mostrar cómo es que los precios son un filtro es el estaño (Hayek, 1945). Supongamos que en algún lugar del mundo aparece un nuevo uso para el estaño, o que se agota una de sus fuentes de suministro. Quienes usan estaño no necesitan saber qué ha pasado, ni dónde, ni por qué. Les basta con ver que el precio sube para empezar a ahorrarlo, buscar sustitutos o replantear su producción. Y sus decisiones, a su vez, transmiten la señal a otros que tampoco saben nada del origen. Millones de personas ajustan su conducta en la dirección correcta sin que ninguna conozca la causa. Hayek lo resumió hablando de la economía del conocimiento. Lo que logra el sistema de precios, y lo que lo hace admirable, es lo poco que necesita saber cada participante para actuar bien. El precio no transmite todo lo que se sabe; transmite solo lo que cada uno necesita saber. Es exactamente lo contrario del ruido. Por expresarlo de otro modo, el precio es un filtro que comprime información dispersa en una señal que cabe en una etiqueta.

Thomas Sowell (1980) desarrolló esta intuición en una dirección que, a día de hoy, resulta muy útil. El

conocimiento es caro porque obtenerlo, verificarlo y transmitirlo cuesta tiempo y recursos. Por eso la pregunta más relevante sobre cualquier institución no es quién tiene mejores intenciones, sino qué conocimiento le llega, a qué coste y si hay manera de corregir el error cuando se equivoca. Un sistema que obliga a acumular información en el centro no ahorra conocimiento, lo encarece.

Pero los precios no son el único filtro. Hume explicó que la justicia, la propiedad o el lenguaje nacen de convenciones que no fueron diseñadas por nadie, y lo ilustró con dos remeros que acompasan sus golpes sin haberse prometido nada o haber diseñado un contrato para ello (Hume, 1739-1740). No necesitan intercambiar información sobre su fuerza o su cansancio. Les basta la regla tácita que han ido ajustando sobre la marcha. Hayek (1973) vio en esas reglas generales el otro gran mecanismo del orden espontáneo, las normas abstractas que permiten anticipar lo que harán los demás sin conocer sus fines ni sus circunstancias. Y, precisamente, cumplen la misma función que el precio: nos ahorran tener que saberlo todo para poder convivir.

La respuesta liberal a la ignorancia, por tanto, no es saber menos ni desconfiar de los datos. Es entender que el remedio contra el ruido no es más información, sino mejores filtros, y que los mejores filtros que conocemos (precios, normas, costumbres) no los ha diseñado nadie. Funcionan precisamente porque no exigen que alguien lo sepa todo.

Pero todos estos filtros trabajan sobre un conocimiento que ya existe, aunque esté disperso. ¿Qué ocurre cuando lo que no sabemos todavía no existe? Ahí la ignorancia deja paso a la incertidumbre, y los errores cambian de naturaleza.

La incertidumbre: la parálisis y el plan maestro

Con la ignorancia, al menos, sabemos qué buscar. El dato existe en alguna parte y el problema es llegar a él o filtrarlo. Con la incertidumbre no hay nada que buscar: lo que queremos saber todavía no ha ocurrido. Frank Knight (1921) lo vio con claridad y sacó una conclusión que sigue siendo incómoda para los amantes de los modelos: la incertidumbre genuina no se puede asegurar ni calcular, solo asumir. Y añadió algo que suele olvidarse. De esa incertidumbre nace el beneficio empresarial, que es la recompensa de quien se atreve a juzgar lo que nadie puede calcular. La incertidumbre no es solo una amenaza; es también el espacio donde ocurre todo lo nuevo.

Ante ella reaccionamos de dos maneras opuestas que, sin embargo, comparten raíz. Una es quedarnos quietos. La otra es hacer como si el futuro estuviera ya escrito. Las dos nacen del mismo deseo: no tener que actuar sin certeza.

La parálisis, o la prudencia mal entendida

La parálisis rara vez se presenta como tal. Suele llevar el disfraz de la prudencia y se manifiesta en frases como "esperemos a tener más información", "no es momento de decidir", "hay que ver cómo evoluciona". A veces es sensato. Pero ante la incertidumbre, en el sentido de Knight, esperar más datos es esperar algo que no va a llegar, porque lo que falta no es información sino futuro. Y este es el problema: quien trata la incertidumbre como si fuera ignorancia, sale a buscar datos que no existen, y vuelve con ruido.

Hume no era ajeno a esta tentación, porque la había sufrido en su propia filosofía. Al final del primer libro del *Tratado* (Hume, 1739-1740, 1.4.7) cuenta cómo sus razonamientos escépticos lo dejan sumido en una especie de melancolía, sin saber ya en qué creer. La razón no consigue disipar esas nubes, pero la naturaleza sí. Cuentan que va a cenar, juega una partida de *backgammon*, conversa con sus amigos, y cuando horas después vuelve a sus especulaciones le parecen frías, forzadas y un poco ridículas. No es una anécdota frívola. Es constatar que la vida no espera a que la razón termine sus demostraciones y que más allá del escepticismo filosófico está la vida real.

Hume desarrolla esta idea y la formula de manera más sistemática la *Investigación* (Hume, 1748). El escepticismo extremo, el que se niega a creer nada sin certeza, no se refuta con argumentos, sino con la acción, con las ocupaciones de la vida común. Si alguien llevara ese escepticismo hasta el final, observa Hume, la vida humana se extinguiría. Su alternativa es un escepticismo mitigado. Es decir, aceptar que no hay certezas últimas y actuar igualmente, guiados por la costumbre y por creencias proporcionadas a la evidencia. La parálisis no es humildad. Es una forma de pedirle al mundo garantías que no puede dar.

El plan maestro, o la certeza fabricada

El error opuesto es más ambicioso y, por eso, más peligroso. Consiste en tratar la incertidumbre como si fuera riesgo y asignar probabilidades a lo que no las tiene, proyectar escenarios con decimales y diseñar un plan que convierte el futuro en un calendario de ejecución. El planificador no niega que el futuro sea incierto. Simplemente actúa como si su modelo lo hubiera resuelto.

Adam Smith le dio nombre a esta figura antes de que existieran los modelos (Smith, 1759, Libro VI, ii, 2.17). Su "hombre de sistema" está tan enamorado de la belleza de su plan que imagina que puede disponer a los miembros de una gran sociedad con la misma facilidad con que la mano coloca las piezas

sobre un tablero de ajedrez. Pero al hacerlo olvida un detalle. Porque en el tablero de la sociedad humana, cada pieza tiene su propio principio de movimiento, distinto del que el legislador quisiera imprimirle. Cuando ambos coinciden, el juego fluye. Cuando no, el resultado es el desorden. El plan maestro no fracasa por falta de inteligencia, sino porque las piezas piensan y son imprevisibles.

Hume, que había combatido la parálisis, tenía también una solución para el dogmático. Una pequeña dosis de escepticismo vendría muy bien a los sabios inclinados a la altivez y la obstinación, para rebajar su orgullo (Hume, 1748, Sección XII). Es la misma duda que paraliza al pirrónico, pero administrada en la dosis correcta, no para dejar de actuar, sino para dejar de creer que se sabe más de lo que se sabe. Hume usa el escepticismo como vacuna, no como veneno. Contra la parálisis, la vida común; contra la soberbia, la duda.

Hayek tradujo esta intuición en términos económicos. Para él, el problema central de la economía no es asignar recursos dados, sino adaptarse rápidamente a cambios en las circunstancias particulares (Hayek, 1945). Un plan central exige comprometerse con una sola previsión del futuro y movilizar toda la sociedad en esa dirección. Si la previsión falla, falla para todos y a la vez. El mercado, en cambio, permite que miles de personas apuesten por futuros distintos. La mayoría se equivocará en algo, pero los errores quedan repartidos y los aciertos se imitan. Es lo que Knight llamaba asumir la incertidumbre, multiplicado por millones de juicios independientes.

Karl Popper (1957) añadió un argumento que debería grabarse en la puerta de todos los despachos de planificación. No podemos predecir el curso de la historia porque ese curso depende del crecimiento del conocimiento, y no podemos predecir hoy lo que sabremos mañana; si pudiéramos, ya lo sabríamos. De ahí su defensa de la ingeniería social gradual frente a la utópica: reformas pequeñas, reversibles, cuyos errores se pueden detectar y corregir, en lugar de grandes diseños cuyos fallos solo se descubren cuando ya es tarde para enmendarlos.

Entre la parálisis y el plan maestro hay, por tanto, un camino que la tradición liberal ha recorrido una y otra vez con distintos nombres. Actuar sin certeza, como Hume; apostar en pequeño y corregir, como Popper; dejar que muchos juzguen el futuro a la vez, como Knight y Hayek; y desconfiar de quien promete colocar todas las piezas, como Smith. No es una receta para eliminar la incertidumbre, sino una forma de convivir con ella sin que nos paralice ni nos ciegue. La alternativa al plan maestro no es la improvisación, sino muchos planes pequeños que pueden equivocarse sin arrastrar a todos.

El problema es que esa vieja lección se olvida con facilidad precisamente cuando más falta hace. Cuanto más incierto se vuelve el mundo, más atractivo resulta quien promete certezas. Y hoy esa promesa tiene herramientas que Smith, probablemente, no podía imaginar.

Hoy: la nueva pretensión del conocimiento

Si la incertidumbre empuja hacia el plan maestro, cabría esperar que nuestra época, consciente de su complejidad, fuera más humilde que las anteriores. Pero ocurre lo contrario. Cuanto más incierto se percibe el mundo, más se exige a alguien que lo controle, y más caro le resulta a ese alguien reconocer que no puede. Cuando una crisis estalla, rara vez se interpreta como un recordatorio de los límites del conocimiento. Se interpreta como un fallo de gestión que habrá que corregir con más control. Y así, la incertidumbre alimenta una demanda de certeza que solo puede satisfacerse fingiendo.

Hayek dedicó a este fingimiento su discurso de aceptación del Nobel, titulado precisamente "La pretensión del conocimiento" (Hayek, 1974). Su advertencia sigue intacta: en los fenómenos complejos, lo que podemos medir es solo una parte de lo que importa, y la tentación es tratar como importante únicamente lo que se puede medir. El resultado es una precisión engañosa, números exactos sobre las cosas equivocadas. Hayek terminaba con una imagen que convendría recuperar. Desde su punto de vista, quien quiera mejorar el orden social debería actuar como el jardinero, que crea las condiciones para que las plantas crezcan, y no como el artesano, que da forma a su obra a voluntad.

Hoy esa pretensión adopta al menos tres formas.

El gobierno por indicadores

La primera es la confianza en las métricas. No hay política pública sin su cuadro de mando, ni organización sin sus objetivos cuantificados y sus KPIs. La intención es razonable: medir para saber si algo funciona o no. El problema es que la medida, convertida en meta, cambia lo que mide. Es lo que se conoce como ley de Goodhart (Goodhart, 1975): cuando un indicador se usa como objetivo, deja de ser un buen indicador, porque la gente aprende a producir el número en lugar de la realidad que el número pretendía reflejar. El hospital reduce las listas de espera reclasificando pacientes. La escuela mejora sus resultados enseñando a hacer el examen. Nadie miente del todo, pero el indicador ya no informa.

En este punto, vuelve el problema del apartado 2. El indicador es un intento de sustituir el filtro espontáneo del precio por un filtro diseñado. Pero el precio resume lo

que millones de personas saben y valoran, mientras que el indicador resume lo que alguien decidió que convenía vigilar. Un precio informa porque nadie lo fija; un indicador desinforma en cuanto alguien depende de él. El exceso de métricas no compensa la ignorancia del gestor, solo la viste de datos. Y en el caso de los gobiernos, crea un caldo de cultivo para el fraude estadístico y la mentira a los votantes.

El experto que sabe lo que nos conviene

La segunda forma es más sutil, porque se presenta como modestia. La economía conductual ha documentado profusamente y con rigor que no decidimos como el agente racional de los manuales. procrastinamos, nos dejamos influir por cómo se presentan las opciones, valoramos más lo que perdemos que lo que ganamos. Precisamente, de ahí surgió el "paternalismo libertario", popularizado por Thaler y Sunstein (2008), quienes explicaban que, si nuestras decisiones dependen del contexto, lo mejor que se puede hacer es diseñar el contexto para empujarnos suavemente hacia lo que nos conviene, sin prohibir nada. Los gobiernos tomaron nota, y desde 2010, cuando el Reino Unido creó su Behavioural Insights Team, las unidades de *nudge* (o empujoncitos) se han multiplicado por todo el mundo.

La objeción liberal no niega los sesgos. Simplemente pregunta quién sabe lo que nos conviene. Para empujar a alguien hacia su "verdadera" preferencia, el diseñador tiene que conocer esa preferencia mejor que la propia persona, y además saber en qué contexto se equivoca y en cuál no. Es el problema de Hayek trasladado a la psicología. El conocimiento que necesitaría el paternalista está disperso en las circunstancias de cada uno y no aparece en ningún experimento de laboratorio (Rizzo y Whitman, 2020). Gigerenzer añade otra vuelta de tuerca y defiende que muchos de esos supuestos errores son atajos que funcionan bien en el entorno para el que se formaron (Gigerenzer y Todd, 1999). Lo que en el laboratorio parece un sesgo, en la vida real puede ser una forma razonable de decidir con poca información. El empujón del conocimiento que le falta al que empuja.

La máquina que lo sabe todo

La tercera forma es la más reciente y, probablemente, la más seductora para quienes no soportan la incertidumbre. El planificador de antes tenía que fingir que lo sabía todo. El de ahora no necesita fingir; le basta con decir que la máquina (o el algoritmo) lo sabe. Con suficientes datos y capacidad de cálculo, se argumenta, la inteligencia artificial podrá anticipar la demanda, asignar recursos y

diseñar políticas mejor que cualquier mercado.

El argumento no es nuevo. Oskar Lange, que en los años treinta había defendido que un planificador podría simular el mercado, escribió ya en los sesenta del siglo pasado que el ordenador resolvería en segundos las ecuaciones que el mercado tarda meses en ajustar (Lange, 1967). Es el debate del cálculo socialista con mejor hardware. Y, a pesar de todo, las respuestas de Hume y de Hayek siguen valiendo por las mismas razones.

La primera razón es humeana. Un modelo aprende del pasado y proyecta regularidades hacia el futuro. Es, literalmente, costumbre automatizada. Funciona de maravilla mientras el futuro se parece al pasado y falla precisamente cuando no se parece, que es cuando más lo necesitamos. Ningún volumen de datos históricos contiene lo que todavía no ha sucedido. La inteligencia artificial puede reducir nuestra ignorancia; no puede eliminar la incertidumbre, porque no hay dato de lo que aún no existe.

La segunda es hayekiana. Buena parte del conocimiento relevante no está en los datos porque nunca se ha registrado, es tácito, local, efímero. Y otra parte del conocimiento ni siquiera existe antes de que el mercado la descubra. Hayek (1968) definió la competencia como un procedimiento de descubrimiento, cuyo valor reside precisamente en que sus resultados son imprevisibles. Si supiéramos de antemano qué producto, qué precio o qué empresa iba a triunfar, no necesitaríamos la competencia. El dato que la máquina necesitaría para planificar es el que solo la libertad de probar y equivocarse produce.

Nada de esto significa que la inteligencia artificial sea inútil, ni mucho menos. Es una herramienta extraordinaria en manos de millones de personas que la usan para sus propios fines con su propio conocimiento. El problema aparece cuando se convierte en la coartada de un único decisor. El problema no es qué puede calcular la máquina, sino quién decide con lo que calcula.

La incertidumbre fabricada

Hay, por último, una incertidumbre que no viene del mundo sino del propio poder. Josef K., el protagonista de *El proceso* (Kafka, 1925), es detenido sin que nadie le diga de qué se le acusa, y pasa el resto de la novela intentando entender un sistema que nunca le explica sus reglas. No le falta un dato, ni un abogado mejor. Le falta saber a qué atenerse. Cualquiera que haya recibido una resolución administrativa ininteligible, se haya topado con una norma que cambia cada pocos meses o haya visto un crédito denegado por un algoritmo que nadie sabe explicar, reconoce algo de ese mundo.

Hayek (1944) dio a esta cuestión una respuesta precisa: el Estado de derecho consiste en que el poder esté sometido a reglas fijadas y anunciadas de antemano, de modo que cada cual pueda prever con bastante certeza cómo lo usará la autoridad y planificar sus propios asuntos en consecuencia. Es la otra cara de la humildad epistémica. El Estado no puede eliminar la incertidumbre del mundo, pero sí puede dejar de añadir la suya. Y, paradójicamente, el poder que más promete eliminar la incertidumbre suele ser el que más la produce, porque cada intervención discrecional es una regla que nadie podía anticipar.

Reglas para actuar sin saber

Si el diagnóstico es correcto, la pregunta inevitable es qué hacer. Y la respuesta liberal tal vez decepcione a quien espera un programa, porque no promete resultados. Lo que promete es algo más modesto y difícil, porque se trata de condiciones para que podamos equivocarnos sin hundirnos y aprender de lo que sale mal. La humildad epistémica no es renunciar a actuar, sino una forma de actuar que cuenta con el error.

Hayek lo dijo claramente y creo que es uno de los presupuestos de cualquier liberal. El argumento a favor de la libertad individual descansa, sobre todo, en el reconocimiento de la inevitable ignorancia de todos nosotros (Hayek, 1960). No defendemos la libertad porque las personas sean sabias, sino porque nadie lo es lo bastante como para decidir por los demás. Si existiera un ser humano omnisciente, la libertad perdería buena parte de su utilidad. Como no existe, es la única manera de que el conocimiento disperso y el que todavía no existe tengan ocasión de manifestarse. ¿Cuáles son las consecuencias de asumir este principio?

Reglas, no objetivos

La primera consecuencia es institucional. Un orden que no puede conocer el futuro no debería organizarse en torno a objetivos concretos que exigen preverlo, sino en torno a reglas generales que funcionan sea cual sea el futuro. Es la distinción de Hayek (1973) entre el orden diseñado, que persigue fines concretos, y el orden espontáneo, que solo ofrece un marco dentro del cual cada uno persigue los suyos.

Hume había llegado a una conclusión parecida al explicar por qué las reglas de la justicia deben ser generales e inflexibles (Hume, 1739-1740). Admitía sin rodeos que un acto concreto de justicia puede ser perjudicial en su caso particular: devolver una fortuna a un avaro, o dar la razón a quien no la merece. Pero el beneficio no está en cada acto, sino en el sistema completo, en que todos sepan a qué atenerse. Una regla que se ajusta caso a caso, según lo que el gobernante considere mejor en cada momento, deja de ser una regla y se convierte

en una sucesión de decisiones imprevisibles. Una norma general vale más por lo que permite anticipar que por lo que acierta en cada caso.

Estas reglas responden a la vez a los tres problemas que hemos visto. Frente a la ignorancia, filtran: nos dicen qué esperar de los demás sin necesidad de conocer sus circunstancias. Frente a la incertidumbre, permiten actuar sin pronosticar, porque no dependen de que el futuro sea uno u otro. Y frente a la incertidumbre fabricada, atan las manos del poder, que es el único actor capaz de convertir la vida de los demás en un proceso kafkiano.

El error como información

La segunda consecuencia afecta a cómo tratamos los errores. En un mundo incierto, equivocarse no es una anomalía que haya que extirpar, sino la forma normal en que se descubre que una expectativa no se cumple. El empresario que fracasa informa al resto de que ese camino no llevaba a ninguna parte. La reforma que no funciona enseña algo que ningún estudio previo podía enseñar. El problema no es el error, sino los sistemas que lo esconden, que lo castigan hasta impedir que se repita el intento, o lo socializan de forma que nadie aprende de él.

Por eso importa tanto la escala. Los errores pequeños, repartidos y reversibles son la materia prima del aprendizaje; los grandes, centralizados e irreversibles son catástrofes. Es la razón de fondo para preferir muchos planes pequeños a uno grande, la competencia al monopolio y la reforma gradual a la refundación (Popper, 1957). Un sistema que aprende no es el que no se equivoca, sino el que se equivoca en pequeño y se corrige pronto.

La libertad como método

La tercera consecuencia es la más difícil de aceptar para quien desconfía del liberalismo. La libertad no es solo un valor moral que haya que respetar a pesar de sus costes. Es un método de conocimiento. Permite que se prueben a la vez muchas soluciones distintas, que la información dispersa salga a la luz a través de los precios y que los errores se detecten donde se producen, sin esperar a que lleguen a un despacho central. El pluralismo, desde esta perspectiva, no es una concesión a la diversidad de opiniones, sino un seguro contra el error colectivo: si todos apostamos por lo mismo, nos equivocamos todos a la vez.

Nada de esto exige heroísmo. Exige, más bien, una virtud poco vistosa que Hume habría reconocido: la moderación. Saber decir "no lo sé" sin avergonzarse, graduar la confianza en lo que creemos según la evidencia que la sostiene, desconfiar de quien nunca duda y, sobre todo, no pedir al poder político certezas que no puede dar,

porque la única manera que tiene de dárnoslas es inventarlas. Ni la parálisis ni el plan maestro: reglas claras, libertad para probar y la humildad de corregir.

La alternativa a la ilusión de control no es el desorden. Es un orden imperfecto, pero capaz de aprender.

Conclusiones

Este texto empezó con una paradoja aparente: nunca habíamos tenido tanta información y pocas veces nos hemos sentido tan desorientados. La paradoja se disuelve en cuanto distinguimos dos formas de no saber que solemos confundir. La ignorancia es no saber lo que existe; la incertidumbre es no poder saber lo que todavía no existe. Cada una tiene su remedio y, sobre todo, su error característico.

Contra la ignorancia acumulamos datos, y pasado cierto punto los datos se convierten en ruido. Hume enseñó que la cantidad de experiencias no se traduce en certeza y que lo sensato es proporcionar la creencia a la evidencia. Hayek añadió que el conocimiento más valioso para la vida económica está disperso y no se puede reunir en ninguna parte. La respuesta no es saber menos, sino filtrar mejor, y los mejores filtros conocidos, los precios, las normas y las costumbres, no los diseñó nadie. Ante la incertidumbre oscilamos entre la parálisis y el plan maestro. Hume combatió las dos actitudes a la vez: contra la parálisis, la vida común; contra la soberbia del dogmático, una dosis de duda. Smith, Knight, Hayek y Popper completaron la lección: el futuro no se planifica desde un despacho, se descubre a través de muchos juicios independientes que pueden equivocarse sin arrastrar a todos.

Nuestra época no ha superado esta vieja tentación, la ha equipado mejor. El gobierno por indicadores, el paternalismo conductual y la promesa de que la inteligencia artificial sabrá lo que el planificador nunca supo son formas nuevas de la misma pretensión del conocimiento. A ellas se suma una incertidumbre que no viene del mundo, sino del propio poder cuando cambia las reglas o no las explica.

La alternativa liberal no ofrece certezas. Ofrece reglas generales que permiten actuar sin pronosticar, un tratamiento del error como información y una libertad entendida como método para descubrir lo que nadie sabe. La humildad epistémica no es la virtud de quien renuncia a actuar, sino la de quien actúa sabiendo que puede equivocarse. Hume y Hayek no nos enseñan a eliminar la incertidumbre. Nos enseñan a vivir en ella sin entregarle a nadie el monopolio de las respuestas.

Bibliografía

Gigerenzer, G., y Todd, P. M. (1999). Simple Heuristics That Make Us Smart. Nueva York: Oxford University Press. [Sin traducción española localizada]

Goodhart, C. A. E. (1975). "Problems of Monetary Management: The U.K. Experience". En Papers in Monetary Economics, vol. I. Sydney: Reserve Bank of Australia. [Sin traducción española localizada]

Hayek, F. A. (1944). The Road to Serfdom. Londres: Routledge. [Trad. esp.: Camino de servidumbre, trad. de José Vergara, Madrid, Alianza Editorial]

Hayek, F. A. (1945). "The Use of Knowledge in Society". American Economic Review, 35(4), 519-530. Disponible en: https://oll.libertyfund.org/pages/hayekthe-use-of-knowledge-in-society [Trad. esp.: "El uso del conocimiento en la sociedad", en Sobre el conocimiento, Madrid, Unión Editorial, 2022]

Hayek, F. A. (1960). The Constitution of Liberty. Chicago: University of Chicago Press. [Trad. esp.: Los fundamentos de la libertad, Madrid, Unión Editorial, 10.ª ed., 2020]

Hayek, F. A. (1968). Der Wettbewerb als Entdeckungsverfahren. Kiel: Institut für Weltwirtschaft. Trad. inglesa: "Competition as a Discovery Procedure", Quarterly Journal of Austrian Economics, 5(3), 2002. Disponible en: https://mises.org/quarterly-journalaustrian-economics/competitiondiscovery-procedure [Trad. esp.: "La competencia como método de descubrimiento", en Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas, Madrid, Unión Editorial, 2007; 2.ª ed., 2015]

Hayek, F. A. (1973). Law, Legislation and Liberty, vol. 1: Rules and Order. Londres: Routledge & Kegan Paul. [Trad. esp.: Derecho, legislación y libertad, Madrid, Unión Editorial, 2.ª ed., 2014]

Hayek, F. A. (1974). "The Pretence of Knowledge". Conferencia Nobel, 11 de diciembre de 1974. Disponible en: https://www.nobelprize.org/prizes/economic-sciences/1974/hayek/lecture/ [Trad. esp.: "La pretensión del conocimiento", en Sobre el conocimiento, Madrid, Unión Editorial, 2022; versión en línea:https://mises.org/es/speechpresentation/la-pretension-delconocimiento]

Hume, D. (1739-1740). A Treatise of Human Nature. Disponible en: https://davidhume.org/texts/t/ [Trad. esp.: Tratado de la naturaleza humana, ed. y trad. de Félix Duque, Madrid, Tecnos, 4.ª ed., 2008]

Hume, D. (1748). An Enquiry Concerning Human Understanding. Disponible en: https://davidhume.org/texts/e/ [Trad. esp.: Investigación sobre el conocimiento humano, trad. de

Jaime de Salas Ortueta, Madrid, Alianza Editorial]

Kafka, F. (1925). Der Process. Berlín: Die Schmiede. [Trad. esp.: El proceso]

Knight, F. H. (1921). Risk, Uncertainty and Profit. Boston: Houghton Mifflin. Disponible en: https://www.econlib.org/library/Knight/knRUP.html [Trad. esp.: Riesgo, incertidumbre y beneficio, Madrid, Aguilar, *1947]*

Lange, O. (1967). "The Computer and the Market". En C. H. Feinstein (ed.), Socialism, Capitalism and Economic Growth. Cambridge: Cambridge University Press. [Sin traducción española localizada]

Mises, L. von (1920). "Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwesen". Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, 47, 86-121. Trad. inglesa: Economic Calculation in the Socialist Commonwealth, Auburn, Mises Institute. [Trad. esp.: "El cálculo económico en la comunidad socialista", Procesos de Mercado: Revista Europea de Economía Política, XVII(2), 2020]

© Fundación Civismo, Fundación Ortega-Marañón, Fundación Conversación y todos los autores.